

## III

— Mi primo... ya sabéis, — siguió Teodora — que vive hoy una vida de pesares en Londres, un lugar donde está ahora, más allá de los montes y los mares. Las playas saben mi constante anhelo, pues sin poderlo remediar, suspiro cuando se nubla el horizonte y miro por el lado del mar cerrarse el cielo. Mi primo, es aquel primo que, algún día, os confesé que alegre me besaba; le amé niña, mas yo no lo sabía; ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba. Como siempre fantástico el deseo me arrastra á orillas de la mar, yo á solas que me habla de él y su venida, creo, el monólogo eterno de las olas. Siempre aguardo del cielo lo imprevisto, siempre estoy esperando, y hasta las aves de la mar, pasando, parece que me dicen: — ¡le hemos visto!

## IV

— Mas sepamos primero — dijo el cura prudente y reservado: — de amaros y volver, ¿él os ha dado su palabra de honor de caballero? — Me juró que me amaba y volvería — fué diciendo Teodora — cuando el sol por la tarde se ponía, y al despuntar la aurora, y alguna vez también al mediodía; y alguna, y más que alguna, por la noche á los rayos de la luna. Y, perdonad, decir se me ha olvidado que en mayo y en abril me lo ha jurado, por todos sus jazmines y azucenas; por los árboles todos, en estío; por todos sus cristales, junto al río; cerca del mar, por todas sus arenas. —

## V

Mientras Teodora hablando proseguía, como era, á fuerza de candor, profundo, el cura por lo bajo repetía: — ¡Cómo trae el amor revuelto al mundo! — Mi madre quiere que á la fuerza quiera á un hombre muy de bien, sin gracia alguna, como es el que me espera para darme su mano y su fortuna.

El verlo nada más me da tristeza; él es bueno, es verdad, si nó es hermoso; tiene favor, honores y riqueza, talento, juventud y un nombre honroso... Mas ¡si vierais al otro, señor cura, con gorra de oro y sable á la cintura!... ¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!... Mientras éste de aquí, que va á ser mío, tiene una gracia sepulcral y extraña; donde quiera que entra él, siento yo frío. — Pues señor, se conoce — piensa el cura — que en la misma inocencia, para agotar de un cura la paciencia, transformado en hermosa criatura coloca Satanás su residencia. —

## VI

Y ella siguió: — Vuestro favor imploro; prestadme ayuda en tan difícil paso: de uno me río, y por el otro lloro; éste me hiela, y por aquél me abraso. No amo al presente y al ausente adoro; ¿qué hago, señor, me caso ó no me caso? — Mirando á un Cristo viejo por ver si le inspiraba algún consejo, el cura se callaba, y del candor en la embriaguez suprema, al ver que el Cristo nada le inspiraba, por lo bajo entre dientes murmuraba: — ¡Segunda confesión; otro problema! — Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable. El viejo, que era un niño venerable, no cayó en que Teodora buscaba, tan sutil como traidora, en la doblez de sus astutos planes el apoyo moral del cristianismo: maniobras de los grandes capitanes que ponen de su parte el fanatismo.

## VII

Luego los dos á un tiempo se preguntan, y para herirse al corazón se apuntan; y cruzan de uno al otro, bien dispuestas, como un choque de espadas, las respuestas: — Me muero, si me caso, os lo confieso. — Ilusión nada más de los sentidos. — Hay voces que en el aire me hablan de eso. — Eso será que os zumban los oídos. — Bien, lucharé; pero seré vencida.

— No volverá tal vez. — ¿Y si volviera? — Ese hombre os ha hechizado; ¡estáis perdida! — Así tendrá que ser como él lo quiera. — Tras vana agitación tendréis reposo; yo rezaré por vos, seréis dichosa; ¡dichoso aquel que os tenga por esposa! — Y yo ¿seré feliz como él dichoso? — ¿De qué sirve creer en lo increíble? — Más sabe el corazón que la cabeza. — ¿Qué podrá suceder? — ¡Todo es posible; yo amo con fe y espero con firmeza! — Al verla discutir tan bien y tanto, siente un temblor de espanto, cual si tuviese frío, al comprender el santo que aquel tipo cabal de las mujeres era el más bello y, ¿lo diré, Dios mío? el más inobediente de los seres.

## VIII

Teodora, ardiente y viva, filósofa sutil y positiva, que no pasó, cual yo, velada alguna en cuestiones ociosas, buscando la razón de muchas cosas que no tienen jamás razón ninguna, añadió, de su plan desesperada, disparando al huir á sangre y fuego, y haciendo una brillante retirada mejor que en Asia Jenofonte el griego: — Yo soy muy viva y de ventura ansiosa; y no queriendo á este hombre, os lo prevengo, como soy tan fantástica, no tengo la condición de una excelente esposa. Mas lo mandan mis padres, y adelante; yo quiero á toda costa ser honrada, mas no sé si, vivaz y enamorada, podré ser buena esposa y buena amante... — Hablaba así Teodora, y de repente callando unos momentos, con un silencio diestro y elocuente una pausa llenó de pensamientos. Reticencia tan vil y calculada al pobre cura de terror inmuta... Ante el saber de una mujer astuta Cicerón y Pascal no saben nada. Y es que desde Eva, madre de Teodora, la raza no mejora. Porque no oye solícito sus quejas, anuncia astuta males sobre males: yo recuerdo muy bien que eran iguales las jóvenes de antaño que hoy son viejas.

Y así serán y han sido las que están por nacer ó ya han nacido, lo mismo en todo el orbe que en España; las madres miserables y opulentas, las hijas titulares y harapientas, las abuelas del trono y la cabaña.

## IX

— ¡Qué locura, Dios mío, qué locura! ¿No veis que rara vez — le dice el cura — la vida nos enseña que esos sueños de niña muy pequeña los pueda realizar la edad madura? Moderad el ardor de los sentidos; ¡Teodora, andad despacio, porque siempre nos ven desconocidos, dos ojos desde el fondo del espacio! — Ayudando á llevarla á su destino, cual se lleva una oveja al matadero, pensó el cura ponerla en el camino de lo bueno, lo justo y verdadero; y después que ella vió desvanecida la poética imagen de su vida, puestas en cruz las manos y llorosa, recibió con la frente prosternada, la bendición del cura, arrodillada; besó su mano en actitud piadosa, con la fe de una santa resignada, y se marchó, si no más consolada, menos triste tal vez, y siempre hermosa.

## CANTO TERCERO. — LA TRAGEDIA

## I

Porque triste, muy triste, se moría llena de desengaños, el cura del Pilar, en cierto día en su postrera confesión oía á una joven anciana de treinta años. — ¡Ha venido — decía — la vieja que era joven todavía — aquel hombre á quien amo con locura! Y debo confesaros, en conciencia, que tengo, desde entonces, señor cura, necesidad de sueños de inocencia. — ¿Y es pura todavía vuestra llama? — pregunta el cura á la doliente esposa.

— La cama de mi madre es esta cama, —  
le respondió; — pues por mi madre os juro  
que soy materialmente virtuosa;  
sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.

## II

— ¡Pues valor, — dijo el cura,  
á fuerza de candor siempre profundo, —  
que la mayor tribulación del mundo  
la guarda Dios para la edad madura!  
— ¡Valor, valor! — la enferma respondía; —  
¡lucharé hasta morir! mas ¡cosa extraña!  
resistir á su encanto no podría,  
¡yo que siento en mí misma una energía  
capaz de levantar una montaña!  
— ¡Luchemos, hija mía, —  
el cura repetía  
de Dios y de su fe siempre seguro; —  
no hay grito de dolor que en lo futuro  
no tenga al fin por eco una alegría! —  
Y luego añade de la Biblia lleno,  
satisfecho de Dios y de sí mismo:  
— ¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno  
hay luchas en el puente del abismo! —

## III

En querer consolar las grandes penas  
de una mujer tan firme y tan amante,  
era aquel pobre confesor un ciego,  
sabiendo que corría por sus venas  
la sangre de las viñas de Alicante  
que crían una savia como el fuego.  
El cura no sabía  
que el no amar es muy bueno, pero es frío;  
y por eso á Teodora le decía,  
derramando en sus llagas el rocío  
de una piedad sincera:  
— Van á cumplir veinte años  
que, ajena de pasiones y de engaños,  
vuestra sagrada comunión primera  
fué por vos de mi mano recibida;  
¡sed digna del honor de vuestra historia!  
¡Reanimad el valor con la memoria  
de los años primeros de la vida!  
— ¡Quince años hace escasos —  
Teodora murmuró — que el dulce ruido  
que levantaron al marchar sus pasos  
quedó como una música en mi oído!  
Y hace veinte — añadió con torvo ceño  
mirando al cielo en ademán de queja —

que es él de mi alma y mis sentidos dueño;  
¡veinte años que pasaron como un sueño!  
¡Tenéis razón; no me creí tan vieja!...  
Mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;  
ó perder la virtud ó dar la vida. —  
Dice así, y tiembla la infeliz esposa  
cuando la causa de su mal confiesa,  
como suele temblar la mariposa  
que siente el alfiler que la atraviesa;  
y el pobre confesor, que no sabía  
que si es bueno no amar, es cosa fría,  
cual sintiendo en la piel la ardiente huella  
de un diablo que abrasándole le toca,  
mira á la enferma con pavor, y en ella  
halla una especie de perfil de loca.  
Y agarrándole bien con la mirada,  
— No soy loca, es que estoy enamorada, —  
siguió la esposa — y lo que quiero, quiero;  
vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo:  
si le amo, vivo; si no le amo, muero:  
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo? —  
Aguzando el oído,  
y azorado de miedo como un gamo  
que oye en el bosque de repente un ruido,  
el cura sorprendido  
dice cayendo en postración extrema:  
— ¡Tercera confesión; tercer problema!... —  
Dudando en su fatal desconfianza  
qué haría y qué diría,  
por no romper el hilo todavía  
que enlaza la mujer á la esperanza,  
el cura del Pilar, quedando inerte,  
sangre, en vez de agua, el desdichado suda;  
pues á sí mismo con dolor se advierte  
que es, en los actos del deber, la duda  
una pregunta vil que hace la muerte.

## IV

Ahogando la emoción de su ternura  
en un áspero y rócío resoplido,  
añadió en el umbral de la locura:  
— ¡Ó viva en el del otro, señor cura,  
ó muerta en el hogar de mi marido!  
¿Puede un corazón tierno,  
sufrir eternamente esta cadena?  
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,  
ó eso también es un problema eterno? —  
Oyendo esta herejía,  
creyó el cura que en ella traslucía  
la cara de Luzbel, oliendo á infierno;  
y siendo encantadora,  
y aunque era un ángel de piedad Teodora,

y el cura lo sabía,  
como todo hombre bueno, algo indeciso,  
oyéndola decir lo que decía,  
en su faz la tristeza se veía  
con que Eva dejó un día el Paraíso.

## V

Y al cura que azorado la veía,  
y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,  
después le repetía,  
aceptando, Teodora, resignada  
la paciencia que lleva á la agonía:  
— ¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte! —  
Y el cura respondía:  
— Pero pensad en Dios, la hora es sombría;  
¡ved que estáis en peligro de la muerte! —  
Y enfermo de terror y sentimiento,  
su rostro, que tapó con ambas manos,  
se cubrió de ese tinte amarillento  
que da tanta tristeza en los ancianos.  
— Ya veis que sé morir como es debido, —  
siguió Teodora con siniestra calma.  
— Decidida á partir, tan sólo os pido  
que echéis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,  
él su memoria, su piedad el cielo,  
vos el perdón, la humanidad su olvido,  
la tumba su pudor, la muerte un velo! —

## VI

Pasan después unos momentos llenos  
de calma aterradora.  
Y entretanto, ¿qué hacía  
en alocada expectación Teodora?  
¿Dormía? No. ¿Velaba? Mucho menos.  
Con las manos el pecho se oprimía  
queriendo hacerse el corazón pedazos.  
Se incorpora después, alza los brazos,  
estrecha en ilusión alguna cosa  
en medio de la fiebre que la abrasa,  
y dice con sonrisa voluptuosa  
dejándolos caer: — ¡Es él que pasa! —  
Al ver aquel amor inexorable,  
á su buen Dios el cura inconsolable  
la encomienda en sus santas oraciones;  
y al oír, espantado,  
salir de la culpable  
aquella interminable  
tempestad gutural de aspiraciones,  
una oración sobre otra le prodiga,  
y exclama el sacerdote horrorizado:  
— ¡El ángel llega tarde, y sólo espiga  
lo que ya Satanás dejó segado! —

Y así el buen cura exclama,  
porque ya con dolor ha comprendido  
que es imposible, á semejante llama,  
oponerse á un amante que es querido,  
y entregarse á un marido que no se ama;  
y aunque algo tarde, á conocer empieza  
que es más fuerte el amor que los deberes,  
pues rinde de los hombres la firmeza  
y hasta el débil poder de las mujeres.

## VII

Llegando al fin de su terrible suerte  
la enferma medio muerta tiempo hacía,  
después de un gran silencio en que se oía  
muy cercana de allí volar la muerte,  
mirando fijamente, sin ver nada,  
tiene una mano ardiente y descarnada,  
busca con ella al infeliz anciano  
que por su dicha ruega,  
y el rostro le tocó como una ciega  
que tuviese los ojos en la mano:  
se ponen azuladas sus mejillas;  
sale un hondo ronquido de su pecho;  
el cura la bendice de rodillas;  
después... ¡después era una tumba el lecho!

## VIII

Más muerto que la muerta el pobre cura,  
cuando luego miraba  
el alma triste y bella  
de aquella esposa fiel, culpable y pura  
flotar sobre una estrella,  
— ¡Perdonadla, Dios mío! — murmuraba.  
¿Cómo Dios negaría su indulgencia  
á una mártir que, fiel á otros amores,  
á fuerza de sentido y de paciencia  
el luto de su hogar cubrió de flores?  
Cuando el cura veía  
aquella alma flotar sobre una estrella,  
y su perdón pedía,  
es porque no sabía,  
héroe feliz de una tranquila historia,  
que cuando muere una mujer como ella,  
toca á muerto la tierra, el cielo á gloria.

## IX

Y cuando el cura, de su buen consejo  
el término funesto contemplaba,  
llorando como un niño el pobre viejo  
sobrecogido de terror oraba.  
— ¡Yo la maté, yo he sido su asesino! —